

José PORTOLÉS, Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo, Madrid, Cátedra, 1986, 207 páginas.

"No existe la ciencia neutra que interpreta únicamente elementos objetivos" (José Portolés).

Si la ideología, como visión del mundo y esquema organizador de la realidad, que se impone como "pre-juicio" a toda percepción, marca el conjunto de las actividades humanas, tanto productivas como cognoscitivas, el hecho se impone con innegable evidencia en el campo de la crítica. En gran medida, esta actividad ha consistido en el contraste de un objeto en una escala de valores previamente establecida, para determinar así su juicio. Aun en la moderna crítica valorativa, la inexcusable existencia de un sistema de valores, operante con independencia y anterioridad al objeto analizado, condiciona su percepción, de una manera aún más sutil que en el caso anterior, al efectuar la selección previa de aquellos elementos del objeto a los que se va a atender en el acto crítico, sesgando en un sentido determinado la realidad percibida.

De un modo paulatino se va extendiendo en el campo de la crítica literaria, a la vista de estas circunstancias, la necesidad de revisiones profundas del ser, concepto y métodos de la propia crítica. Algunas obras en los últimos lustros han cumplido el doble papel de los pioneros, adelantados en la tarea de acotar y roturar el amplio espacio vacío y testimonios de la necesidad de continuar y completar esta labor. En este contexto se pueden inscribir distintas líneas de desarrollo de la atención a la naturaleza de la crítica a partir de su revisión histórica, poniendo de relieve las raíces y la génesis de nuestro actual aparato conceptual. Por ceñirnos al terreno del hispanismo, cabría señalar la existencia relativamente abundante de monografías y estudios diversos sobre Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal o Américo Castro -por citar los autores más tratados- pero desvirtuada por su enfoque parcial y la resultante imagen de la crítica como labor individual. En la misma línea de aportaciones de indiscutible interés, pero de planteamiento y resultados parciales, hay que reseñar visiones de conjunto de cierto sistematismo, como la ofrecida por Emilia de Zuleta para la crítica española a partir de Menéndez Pelayo, obra en la que concreta el panorama elaborado por René Welleck a más amplia escala para la crítica moderna, pero extendiendo la española el concepto de crítica más allá de su carácter de disciplina científica o su vinculación universitaria, hasta la reseña impresionista, el ensayismo y la gaceta periodística. Finalmente, y muy ligado al progresivo establecimiento del estatuto científico de los estudios literarios y la recuperación de su interdependencia con los estudios lingüísticos, surge una serie de obras, como la Historia de la lingüística como historia de la ciencia, de Francisco Abad Nebot, o el capítulo inicial de los Estudios de semiótica literaria de Miguel Ángel Garrido Gallardo, que estudian el desarrollo de la disciplina científica de la literatura en relación con el conjunto del paradigma científico, especialmente en lo que se refiere a la ciencia del lenguaje y el conjunto de las disciplinas que agrupa y ordena el pensamiento filosófico, en-

tendido éste en un sentido no restrictivo, que abarca desde el pensamiento social a la filosofía de la ciencia.

Al margen de la extensión generalizada de la historia de la ciencia en sus diferentes ramas, la historia de la ciencia filológica supone el cumplimiento del carácter esencial de la filología, como estudio del texto en su contexto, con la perspectiva histórica que inaugurara el Renacimiento y diera origen a la edad moderna. El contexto es el contexto histórico, pero, más específicamente, el contexto cultural, ideológico y científico, como pone de relieve Portolés en los distintos apartados de su estudio, en la línea de las últimas obras citadas en el párrafo anterior. Al mismo tiempo, el planteamiento que este autor adopta supone la concepción del discurso crítico más en su aspecto sustantivo que en el adjetivo, es decir, centrado en su naturaleza esencial de discurso, de texto, pudiendo ser analizado como tal discurso, con unos referentes y unos códigos precisos, cuya consideración ofrece una dimensión más profunda y esclarecedora de la operación crítica que la simple glosa del estilo del ensayista, que primaba en reflexiones anteriores sobre el quehacer de los críticos precedentes.

Como exponente significativo de esta nueva tendencia, Portolés atiende especialmente al contexto que rodea y determina el discurso crítico, situando éste, en primer lugar, en su entronque con la filología; pero, a la vez, la trasciende, para buscar las raíces del modelo conceptual en esferas más amplias de la configuración del pensamiento. Desde ellas, sigue la línea descendente que, en una progresiva creación y articulación de los planteamientos, atiende a los movimientos de las grandes corrientes del pensamiento, de la filosofía y de la ciencia en general, hasta llegar a la evolución de las teorías lingüísticas. En su análisis Portolés introduce una somera referencia a los imprescindibles factores históricos, cuya influencia se puede encontrar en la raíz de los cambios del modo de concebir la realidad que se expresan en los sistemas filosóficos y científicos, cambios que van más allá de las simples alteraciones metodológicas o interpretativas.

Las décadas finales del siglo XIX, el segundo gran momento de desarrollo de la filología, comportaron una extensión del pensamiento filosófico hasta los terrenos de una filosofía del lenguaje concebida con rigor científico, al tiempo que se desarrolló la influencia de ésta en el concepto y la interpretación de la literatura, particularmente para la crítica literaria. De acuerdo con el modelo de las ciencias naturales, la filología persiguió el estatuto de ciencia y la crítica se unió a este intento, superando el impresionismo subjetivista del ensayismo periodístico. El desplazamiento del modelo metodológico establecido por Linneo para las ciencias naturales en favor de los nuevos criterios de la interpretación darwinista, unido al desarrollo paralelo de las corrientes europeas de pensamiento y, más particularmente, a las circunstancias históricas del fin de siglo español, configuraron definitivamente el carácter histórico-positivista con que se inicia la filología española contemporánea, encarnada en la figura auroral, en tantos

aspectos, de Menéndez Pidal, punto de partida del estudio de Portolés.

Siguiendo cronológicamente el transcurrir de las distintas interpretaciones de nuestra historia literaria que han surgido a partir del maestro gallego, y las vinculaciones de éstas con las distintas ideas lingüísticas, el autor puede en un grado de progresiva abstracción, sintetizar todo el proceso en la superación del "paradigma schleicheriano", por el que la lengua se concebía como un organismo natural al margen de los individuos, gobernado por unas leyes rígidas, que formularon los neogramáticos. Siguiendo esta línea, a través de la recuperación de las ideas humboldtianas como consecuencia de los cambios filosóficos derivados de los acontecimientos históricos, Portolés destaca la incorporación de la comunidad hablante en el análisis de la lengua y su nivel literario, así como la progresiva atención a los factores individuales, en una línea continua cuyos hitos destacados son Menéndez Pidal y su búsqueda del espíritu nacional encarnado en el espíritu de la lengua y Américo Castro -como figura señora del Centro de Estudios Históricos- y su atención a las manifestaciones del espíritu de la época en las obras individuales, para concluir en la atención exclusiva a los aspectos individuales de las realizaciones literarias en la estilística idealista de Dámaso y Amado Alonso. Esta definición tripartita proporciona la clave para la división metodológica y expositiva del estudio de Portolés, articulado en estas tres partes, pero sin establecer en ningún momento soluciones de continuidad, sino apreciando a través de estas tres fases convencionales el flujo y reflujó de las influencias, como la superación del positivismo por el historicismo, la sustitución del concepto de Volkgeist -o "el espíritu del pueblo"- por el de Zeitgeist -o "espíritu de la época"-; la aparición del vitalismo o la progresiva recuperación del idealismo.

Superando el fragmentarismo individualista, el detallado análisis de Portolés en su doble plano, filológico y filosófico-científico, permite concluir con sólida base la vinculación de los estudios literarios en los cincuenta años acotados -así como en los movimientos posteriores que tienen su base en ellos- con las teorías lingüísticas y el pensamiento de cada época. En cuanto a lo primero, queda de manifiesto el papel clave en este proceso de las doctrinas de Saussure, como superación de la lingüística del siglo XIX, en la que se asientan, y como prefiguración de la lingüística del XX, que tiene en ellas su origen. La consideración de la semiología como estudio de la vida de los signos en la comunidad supera al mismo tiempo las ideas naturalistas de Schleicher y los neogramáticos y el espiritualismo romántico de Humboldt, sintetizando el positivismo y el historicismo que le precedieron y dejando una puerta abierta para la incorporación de las ideas de la filosofía vitalista en los estudios filológicos, culminada en España por la crítica de Américo Castro. Las dicotomías saussureanas no fueron menos productivas en el terreno literario. La antinomia diacronía-sincronía permitió organizar conceptualmente los estudios literarios, ofreciendo una nueva perspectiva al historicismo positivista anterior, mientras que la distinción

significante-significado abría un camino con base en la ciencia lingüística para la estilística literaria, al margen de la orientación dada por Bally. Finalmente, su concepción estructuralista, desarrollada por los estudios de fonología de la escuela de Praga, permitía la sistematización del fenómeno literario y el desarrollo consiguiente de nuevos métodos críticos a partir de la estilística, que, a través del estructuralismo, habrían de conducir hasta la semiótica en boga actualmente.

La atención al entronque de los planteamientos literarios con la mentalidad de la época, conformada por el pensamiento filosófico -valga la cita de la influencia orteguiana- y las circunstancias sociales -ejemplificada en la crítica de los hombres del 98-, permite conformar un concepto de "ideología" en la base de la crítica, concepto más radical que la simple adscripción a una escuela o la adopción de un método crítico determinado. Así es posible comprender fenómenos de dimensión más amplia que la estrictamente literaria, como ocurre en la superación del historicismo. Si Saussure da con la fórmula conciliatoria precisa a partir de la distinción entre diacronía y sincronía, lo cierto es que, como señala Portolés, la polémica se venía agotando a fines de la centuria por razones más complejas, ya que, de una parte, el sociologismo transformaba las relaciones humboldtianas entre lengua y espíritu en relaciones entre lengua y sociedad, contemplada con una visión histórica que conjuga perspectivismo y evolución. De otra parte actúa el empeño de darle a la lingüística el rigor de las ciencias naturales, dominadas por la inducción positivista y, sobre todo, por el evolucionismo darwinista, por lo que ambas vías vienen a coincidir en el histórico-positivismo, impulsado en España por la influencia combinada del krausismo y las ideas de Humboldt en sus estudios sobre el vasco.

De este modo es posible considerar los giros en la historia de la crítica de modo más profundo que como cambios en la metodología o en las conclusiones interpretativas. Al margen del incremento del rigor científico, los cambios de perspectiva se traducen en auténticas sustituciones del objeto de la crítica, modificado a partir de las transformaciones y evoluciones de la teoría. Considerando el acto de la crítica como una estructura secuencial en la que operan unas pretensiones iniciales de carácter ideológico, formuladas en una hipótesis, en cuya comprobación se adopta una perspectiva determinada, desde la que se somete el objeto elegido a un método preciso, que conduce a la interpretación y valoración de dicho objeto, cualquier alteración en uno de los elementos comporta una modificación de todo el sistema y, más concretamente aún, de los restantes elementos que lo componen. Valgan como ilustración dos ejemplos. El primero, el abandono de la literatura medieval, corpus central en la crítica pidaliana, y el interés renovado por la literatura de los Siglos de Oro -o Edad Conflictiva- en la obra de Castro, muestra cómo el cambio de intereses y pretensiones se traduce en la modificación del elemento aparentemente más objetivo de toda la secuencia. El segundo ejemplo, desarrollado por Portolés en un ajustado capítulo, es el de los "prejuicios" de Menéndez Pidal, cuya honradez y probidez intelectual

les y sus pretensiones de rigor científico fueron inútiles para soslayar unos auténticos prejuicios ideológicos, que se acentuaban por la propia naturaleza del método positivista.

El método de Portolés, que distingue explícitamente entre la teoría crítica y su manipulación ideológica a posteriori -que ejemplifica en la lectura franquista de las tesis pidalianas-, se sitúa así entre la individualización extrema y las definiciones unitarias y generalizadoras que quedan reducidas a marbetes sin contenido significativo. El autor resalta la dialéctica que, delimitada por esos dos extremos, se produce entre la creación individual, las influencias, las relaciones de escuela, el concepto de evolución y los restantes factores que explican el desarrollo y el progreso de la ciencia crítica. Su acercamiento al trasfondo de los distintos planteamientos que esta disciplina ha generado resulta por ello un procedimiento adecuado para permitir a la crítica el cumplimiento más exacto de su función última, la iluminación del objeto y la determinación de su naturaleza. El objetivo es el acercamiento a la utópica objetividad o, ante la constatación de la imposibilidad de ésta, explicitar claramente, al menos, los presupuestos ideológicos que mantienen cada lectura crítica.



PEDRO RUIZ PÉREZ